



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 248– 19 de mayo de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. **Cansancio**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **Declaración del Gobierno de la nación con ocasión del 50 aniversario del comienzo de la guerra civil**
3. **Carta de un cura de a pie a los obispos de Cataluña**, *Custodio Ballester Bielsa*
4. **Vectores abiertos**, *Manuel Parra Celaya*
5. **Ejército rojo**, *José M^a García de Tuñón Aza*
6. **Sobre la legitimidad o ilegitimidad del 18 de julio**, *Jesús Laínz*
7. **A moro muerto, gran lanzada**, *Sertorio*

Cansancio

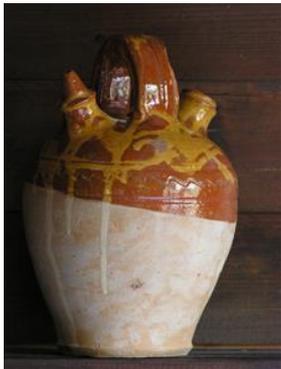
Emilio Álvarez Frías

Estamos cansados de la ley de Memoria Histórica. Estamos cansados de los miserables empeñados en enfrentar continuamente a los españoles. Estamos cansados de oír hablar de los muertos que merecen el descanso después de haber entregado la vida por nosotros. Estamos cansados de leer continuamente la historia tergiversada de la guerra civil y de los 40 años posteriores. Estamos cansados del cambio de placas de calles por la insidia de imbéciles, malintencionados y rencorosos de no sabemos qué, pues se han beneficiado de lo que se consiguió gracias al trabajo, o muerte, de quienes figuran en esas placas. Estamos cansados de la caterva de gentecilla que ha enquistado hechos de todo tipo, manipulados, en la mente de personas de bien de nuestra sociedad, y, a través de esa estrategia, conseguir estar en los órganos legislativos y administrativos de la nación. Estamos cansados de las estupideces que nuestros representantes en esos órganos de decisión dicen cada día, de la falta de visión política para encaminar los destinos de España, y de su indecente comportamiento.

Durante años hemos permanecido callados, esperando que los esfuerzos de reconciliación llevados a cabo a lo largo de esos 40 años –que hacen desaparecer de la historia los ruines situados en todas partes: en el gobierno, en el parlamento y senado, en los medios de comunicación, etc.–, más la declaración del Gobierno de la nación con ocasión del 50 aniversario del principio de la guerra civil, cuyo presidente, a la sazón, era Felipe González, y que reproducimos a continuación, consiguiera sus frutos. Pero debido a los mendaces rencorosos, con Zapatero a la cabeza, que culminó la sordidez con la vil ley de Memoria Histórica, se ha roto el ánimo de reconciliación, habiendo sido condenados al averno quienes ganaron la guerra y pusieron los miles de muertos inocentes, con lo que salvaron a España de la esclavitud del marxismo bolchevique.

Parece ser éste el momento adecuado para mostrar el desacuerdo por el camino por el que nos están conduciendo, para poner las cosas en claro, para mostrar las culpas de quienes ejercieron

de asesinos en las chekas, en las cunetas de las carreteras, hundiendo en el mar a pobres inocentes, martirizando a monjas y sacerdotes, etc.; y al mismo tiempo, para que quede claro quiénes fueron los que murieron en el campo rojo, por qué fueron condenados a muerte, etc., lo que sorprendería a sus propios familiares, si es que no conocen la historia de sus deudos.



Estamos cansados de tanta falacia y va siendo hora de hacer limpieza en la historia, espabilar a los que la explican torticeramente, a informar al pueblo en general. A quienes no vivieron tales acontecimientos, y solo conocen lo que les han explicado aviesamente.

De momento, triste por verme dentro de este fárrago de insensateces y dislates, me lanzo a la calle en busca del hombre bueno (¡qué empeño el deseo de encontrar el hombre bueno!), lo que hago en compañía de un sencillo botijo de Astudillo, Palencia, localidad cuyo nacimiento sitúan algunos allá por el año 29 a.C., cuando andaba por el lugar el general romano Statilio Tauro, quién pudo ser el origen de su topónimo. Aunque la repoblación importante se llevó a cabo por Alfonso III el Magno en el siglo IX. El pueblo, debido a los monumento que le pueblan, fue declarado Conjunto Histórico Artístico el año 1995.

Declaración del gobierno de la nación con ocasión del 50 aniversario del comienzo de la guerra civil

Gobierno de Felipe Gonzalez

En 1986 se cumplían 50 años del comienzo de la guerra civil. Aprovechando esa conmemoración, el 19 de julio de ese año, el gobierno socialista de Felipe González realizó una declaración escrita sobre la efeméride. Llama poderosamente la atención el contraste de pensamiento entre este gobierno socialista de 1986 y el que España está sufriendo a partir de la era de Zapatero.

El gobierno quiere recordar que hoy se cumplen 50 años de un acontecimiento trágicamente decisivo en la historia española: el comienzo de la guerra civil, un guerra que conmocionó la conciencia de sus contemporáneos y aún de las generaciones posteriores, y que desembocó en una dictadura que dirigió la vida del país por espacio de casi cuatro décadas.

Una declaración gubernamental no es el lugar para analizar las causas de un acontecimiento de la magnitud de la guerra civil, ni para valorar las consecuencias que de ella se derivaron. El gobierno quiere, sin embargo, llevar al ánimo de todos una doble convicción. Primero, que por su carácter fratricida, una guerra civil no es un acontecimiento a conmemorar, por más que para quienes la vivieron y sufrieron constituyera un episodio determinante en su propia trayectoria biográfica. Segundo, que la guerra civil española es definitivamente historia, parte de la memoria de los españoles y de su experiencia colectiva. Pero no tiene ya -ni debe tenerla- presencia viva en la realidad de un país cuya conciencia moral última se basa en los principios de la libertad y la tolerancia.



Un Gobierno democrático no puede menos que felicitarse porque España haya recobrado, con los años, las libertades que quedaron bruscamente interrumpidas en 1936. Al hacerlo quiere

honrar y enaltecer la memoria de los que, en todo tiempo, contribuyeron con su esfuerzo, y muchos de ellos con su vida, a la defensa de la libertad y la democracia en España.

Pero un Gobierno ecuaníme no puede renunciar a la historia de su pueblo, aunque no le guste, ni mucho menos asumirla de manera mezquina y rencorosa. Este Gobierno, por tanto, recuerda asimismo, con respeto a quienes, desde posiciones distintas a las de la España democrática, lucharon por una sociedad diferente a la que también muchos sacrificaron su propia existencia.

El Gobierno expresa su convicción de que España ha demostrado reiteradamente su voluntad de olvidar la heridas abiertas en el cuerpo nacional por la guerra civil, su voluntad de vivir en un orden político basado en la tolerancia y la convivencia, en el que la memoria de la guerra sea, en todo caso, un estímulo a la Paz y el entendimiento entre todos los españoles.

Para que nunca más, por ninguna razón, por ninguna causa vuelva el espectro de la guerra civil y el odio a recorrer nuestro país, a ensombrecer nuestra conciencia y a destruir nuestra libertad.

Por todo ello el Gobierno expresa también su deseo de que el 50 aniversario de la guerra civil selle definitivamente la reconciliación de los españoles y su integración irreversible y permanente en el proyecto esperanzado que se inició a raíz del establecimiento de la democracia en la Monarquía encabezada por el Rey Don Juan Carlos, proyecto que fue recogido en la Constitución de 1978 y fue refrendado por el pueblo español para el que consagra definitivamente la Paz.

Carta de un cura de a pie a los obispos de Cataluña

Custodio Ballester Bielsa, pbro.

Cura párroco de la Inmaculada Concepción de Hospitalet de Llibregat

Reverendísimos Sres. Obispos de Cataluña:

La Nota del 11 de mayo firmada por todos ustedes me ha dejado sumido en la más absoluta perplejidad y tristeza. Afirman sin embozo que se sienten herederos de la larga tradición de nuestros predecesores, que les llevó a afirmar la realidad nacional de Cataluña, y al mismo tiempo nos sentimos urgidos a reclamar de todos los ciudadanos el espíritu de pacto y de entendimiento que conforma nuestro talante más característico. Seguidamente, para que no haya lugar a dudas, vuelven a insistir: Por eso creemos humildemente que conviene que sean escuchadas las legítimas aspiraciones del pueblo catalán, para que sea estimada y valorada su singularidad nacional, especialmente su lengua propia y su cultura, y que se promueva realmente todo lo que lleva un crecimiento y un progreso al conjunto de la sociedad, sobre todo en el campo de la sanidad, la enseñanza, los servicios sociales y las infraestructuras.



Obispos de Cataluña

Perplejidad y tristeza, sí. Porque durante meses se me ha conminado a evitar cualquier connotación, en mis palabras y actuaciones, que pudiese ser interpretada como un posicionamiento a favor de la unidad de España, que forma parte de las legítimas aspiraciones de la mitad del pueblo catalán; porque se me indicó que cualquier manifestación pública en ese sentido podía provocar crispación y división entre los fieles católicos que viven en Cataluña. Por tanto, que la procesión con el Cristo de la Buena Muerte de la Hermandad de Antiguos Caballeros

Legionarios en Hospitalet estaba fuera de lugar; que la Santa Misa celebrada por los difuntos en acto de servicio de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado no era de mi competencia; que la atención pastoral prestada a los nonagenarios socios de la Hermandad de la División Azul y el posterior acto académico eran una provocación en toda regla; y que la manifestación contra la cristianofobia y por la libertad de culto y de expresión en la Plaza de San Jaime –con la imagen de Cristo crucificado– no era conveniente que estuviera acompañada por ningún sacerdote porque producía crispación social.

Me siento profundamente engañado por unas palabras que llegué a considerar hasta sinceras por el empeño que se ponía en hacérmelas comprender casi al precio de parecer tonto. Y referidas en cualquier caso a actuaciones meramente evocativas, sin una directa operatividad política y social. Capítulo aparte merecen los posicionamientos y actuaciones de algunos obispos ante mi participación en las manifestaciones mensuales contra el aborto en el Hospital de San Pablo, intentando desactivarlas a causa de la incomodidad que les generan.

Perplejidad y tristeza, sí. Porque ustedes, señores Obispos, se han posicionado públicamente a través de su Nota afirmando la realidad nacional de Cataluña, concepto no pastoral sino político, no fermento de unidad, sino de discordia. Porque consideran legítimas y ahora legitimadas por ustedes, las aspiraciones de menos de la mitad de los catalanes (aunque por bastante más de la mitad del poder político y eclesiástico) a estimar y valorar una singularidad nacional fabricada hace cien años por Prat de la Riba y las Bases de Manresa. Aspiraciones ahora concretadas en el empeño de esos poderes por un referéndum para consumir la destrucción de una unidad que ha durado siglos. Unidad no sólo de España, sino también de Cataluña, en la que el autodenominado «pueblo catalán» pretende someter a los que tan atinadamente llamó Candel «els altres catalans». De momento, mediante un referéndum que



El P. Custodio Ballester Bielsa, autor de la carta

los enfrente y los confronte.

Ustedes, Sres. Obispos ¿se sienten herederos de la larga tradición de sus predecesores que les llevó a afirmar la realidad nacional de Cataluña? Pues yo también me siento heredero, junto con esa otra mitad de catalanes silenciados también por la Iglesia, de una tradición muchísimo más larga y más catalana que la suya.

Me siento heredero de aquellos que en las Navas de Tolosa unieron las fuerzas de toda la España cristiana –Asturias, Castilla y León, Navarra y Aragón– para defender la libertad de profesar la fe verdadera frente a la intolerancia sanguinaria del Islam. Me siento heredero de aquellos sacerdotes y obispos que enviados por Isabel y Fernando al Nuevo Mundo, evangelizaron las Américas y confirieron la dignidad de hijos de Dios a hombres y mujeres de otras razas que se convirtieron por la fe no en esclavos, sino en súbditos libres de su Madre Patria, iguales en derechos a los demás españoles.

Me siento heredero del Somatén de Sampedor que se levantó con el timbaler del Bruch el dos de mayo de 1808 para defender una patria española que, invadida por los ejércitos de la atea Ilustración francesa, amenazaba con destruir la fe de una nación constituida sobre ella. Me siento heredero también de Mossén José Palau, Sacristán mayor de Nuestra Señora de Belén, bárbaramente mutilado y quemado vivo en su iglesia cuando la multitud anarquizada arrasó con todos los templos de Barcelona el 19 de julio de 1936, y arrebató la vida de cientos de sacerdotes y religiosos, a los que siguieron luego varios miles bajo el mandato de Companys. Me siento heredero de aquellos catalanes que bajo la advocación de la ahora profanada Virgen de

Montserrat, levantaron la bandera de la Tradición catalana y regaron con su sangre los campos de España, muriendo por Dios y por su Rey católico. Soy heredero de aquellos hombres y mujeres honrados que prefirieron permanecer fuera, vigilantes, a cielo raso, antes que participar en los restos desabridos de un banquete sucio. Me siento heredero de aquellos que se jugaron la vida para sacar a la luz las catacumbas de Cataluña, y para dar testimonio de la Fe de Cristo en sus calles y en sus plazas; y de aquellos que murieron en un sucio paredón de cara a la madrugada con la mirada puesta en su Dios y en su Patria.

Con el mismo derecho que ustedes se declaran «herederos» de los unos, me declaro yo heredero de estos otros como catalán que soy. Con el mismo derecho con que ustedes toman una opción tremendamente discutible, yo tomo la contraria y lo hago también públicamente desde mi conciencia de sacerdote y de cristiano, de la cual ni siquiera la Iglesia puede juzgar. Soy heredero de una tradición que me ha hecho, por la gracia de Dios, ser lo que soy. ¿Ustedes obran en conciencia? Yo también. No les juzgo, no me juzguen ustedes a mí. Dios ya lo hará con todos. Pero ese «pueblo catalán» que está en el poder y aspira a ver reconocida su singularidad nacional, no deja de ser una elucubración hegeliana al servicio de ese poder absoluto e intolerante, no sólo político, sino también moral (desde la perspectiva católica, inmoral) que en Cataluña impide toda discrepancia, hasta la de los obispos. Pero insisten en que se ha de dialogar con ellos. ¿Sobre qué? ¿Sobre el calendario de imposición de la corrupción moral?

Ustedes, Sres. Obispos, mantienen impertérrito el ademán ante la «Constitución» inmoral y anticatólica del nuevo Estado Catalán que parecen aceptar de buena gana, con la única condición de un pacto y un entendimiento que saben que no llegará nunca por la absoluta incompatibilidad de principios y por el carácter rabiosamente totalitario de ese poder. ¿Debemos entonces aceptar que se abra el camino a todos los sacerdotes, religiosos y religiosas de sus diócesis para que se pongan al servicio incondicional del nuevo Estado inmoral y tiránico que se quiere refrendar contra la mitad del pueblo catalán y contra el resto de España? Me duele profundamente que en su nota conjunta, los obispos de Cataluña no hablen del Pueblo de Dios (que es el que la Iglesia nos confió), sino sólo del pueblo de Cataluña (el medio pueblo de Cataluña que tiene el poder y por el que parecen apostar) elevándolo así a categoría teológica; me duele que no se nombre en ningún momento ni a Cristo ni a su Iglesia y se prescindiera del anticristianismo radical de ese «pueblo de Cataluña» que ha profanado ya los símbolos más sagrados de nuestra fe.

Y resulta sorprendente, Sres. Obispos, que apuesten ustedes por una Cataluña cuyos servicios sociales, tan fuertemente anclados en el progreso que ustedes desean, ofrecen niños en adopción al Lobby LGTB; que apuesten por una sanidad que cultiva el aborto, la eutanasia y la experimentación con embriones humanos; y por una enseñanza que adoctrina ya hoy en ideología de género y en plurisexualidad desde la educación primaria. De momento, han conseguido ostentar la tasa más alta de abortos –también en hospitales participados por la Iglesia– pagados con dinero público por la Generalitat. Este progreso que ustedes, señores obispos, desean que se promueva, se cimienta en la nueva Cataluña sobre la más deplorable corrupción moral: contra la que ustedes evitan toda crítica; y se quedan en la calderilla de la corrupción económica. ¿De Cataluña? No, del «conjunto del Estado»: que para eso pertenecen a la Conferencia Episcopal Española. La calurosa felicitación de Carles Puigdemont no se hizo esperar.



Podría haber desahogado mi tristeza y perplejidad en cualquier tertulia de sobremesa en una recóndita casa parroquial. Prefiero hacerlo así, públicamente, como ustedes lo han hecho y con la lealtad de aquel que no puede ni debe esconderse, pues no ha dicho nada ni contra la doctrina ni contra la moral cristiana. Sólo he roto el bozal del pensamiento único y he entrado en la arena del ruedo por la puerta que ustedes mismos me han abierto.

Si defienden la legitimidad moral de todas las opciones políticas que se basen en la dignidad inalienable de los pueblos y de las personas, espero que respeten también la mía y de tantos otros, pues ustedes ya se han posicionado con la suya; y que no reduzcan al silencio a los discrepantes, con el argumento de autoridad de la obediencia debida.

Ya sé que la discrepancia contra el pensamiento único se castiga severamente. Ya han visto cómo han reaccionado contra el autobús discrepante. Estoy dispuesto a pagar el precio con que se castiga ésta. La defensa de la verdad tiene un precio, ya muy alto en esta sociedad que galopa hacia el totalitarismo. En la refriega en que estamos, es difícil evitar el fuego enemigo, tan fanático. Por eso daré gracias a Dios si consigo esquivar el fuego amigo. Y me aplico el cuento del cartel de esos reivindicadores del derecho a decidir (sólo lo que el poder decida que podemos decidir): Procura que tu prudencia no se convierta en traición. En mi caso, traición al Evangelio, a la Iglesia y al Pueblo de Dios.

Vectores abiertos

Manuel Parra Celaya

A pocos días se la segunda vuelta de las elecciones francesas, no se nos escapaba que lo que se jugaba en ellas no era solo un duelo entre dos candidatos, ni un *coup de force* entre una supuesta ultraderecha y un no menos supuesto centrismo liberal –en realidad, coalición de todos los perdedores en la primera vuelta en torno al candidato Macron–, sino una defensa del Estado frente al rodillo mundialista.

Y, en medio, como una novia ya ajada, dudosa entre dos pretendientes, Europa, que, entretanto, pretende cerrar filas ante las negociaciones con el *separatista* Reino Unido y ante los numerosos desafíos euroescépticos y eurofóbicos que se han ido incubando en su seno.

Es importante que partamos de esta perspectiva en lugar de la que ofrecen las casi unánimes visiones, sesgadas a los ojos de cualquier observador, de los medios de difusión; no es menos importante que, aun de manera exclusivamente personal, vayamos elaborando en nuestra mente una postura diferente, acorde con una interpretación joseantoniana esencial y convenientemente tamizada por la realidad del mundo que nos ha tocado vivir. Por ese carácter personal, subjetivo, se ofrece como sugerencia para un debate más profundo, y a ello invito a los lectores.



El Mundialismo es un planteamiento de naturaleza totalitaria, sostenido por el capitalismo transnacional, que pretende hacer tábula rasa de toda forma cultural previa bajo su *Pensamiento Único*. En el

seno de este, a su vez, se cobijan varias ideologías, como el Multiculturalismo, la Ideología de Género o el sincretismo religioso de la *New Age*, todas ellas acordes con las metas mundialistas.

Ya sabemos que este Mundialismo ni equivale a Universalidad: esto es un imperativo cristiano, *católico* por más señas, y una tendencia natural de la historia, que fue llevada a cabo en el pasado por proyectos nacionales como el español; aquel es un artificio de los grandes *clubes* o grupos de intereses económicos o pseudofilosóficos. Por otra parte, si la Globalización económica y técnica es imparable y puede llegar a resultar beneficiosa, ni una ni otra característica acompañan al Mundialismo, que vive al socaire de aquella.

El Mundialismo o propuesta de una Aldea Global, y sus secuelas sociales, económicas y políticas, suscitan el miedo invariablemente y hacen resurgir los pruritos nacionales en las Aldeas definidas en Estados; dentro de ellas, también las Pequeñas Aldeas reaccionan, y unas y otras buscan su acomodo ideológico en las viejas formulaciones del Nacionalismo.

Se trata de una nueva dialéctica y de una lucha política, y en ella llevan las de perder los Estados Nacionales, que se ven sometidos a la doble enemiga de la tendencia mundialista superior y a las rebeliones internas de sus Pequeñas Aldeas. Los casos de Francia y de España son paradigmáticos al respecto.

La propuesta de la denominada *Derecha Alternativa* es lograr un rearme del Estado nacional, lo que no deja de parecernos a nosotros *históricamente* atractivo... Ahora bien, el tiempo no ha pasado en vano y las circunstancias son otras distintas de ese *momento histórico* aludido. Este rearme del Estado Nacional se me antoja, en primer lugar, insuficiente –dado que ha quedado sobrepasado en su posible campo de acción– y, en segundo lugar, peligroso, ya que supone *una vuelta hacia atrás en el transcurso de la historia*; la tercera razón, vinculada a la anterior y ya apuntada, es que, al plantearse con un especial apasionamiento por parte de las poblaciones a causa de los problemas causados por el Mundialismo, hace recaer en el mencionado *nacionalismo exclusivista*, que, a su vez, chocará inevitablemente con los *nacionalismos separadores* del interior de sus reabiertas fronteras. Nuevamente, estaríamos en la confrontación entre dos sentimientos, en la que suele prevalecer –José Antonio dixit– el más inmediato y espontáneo.

En suma, frente a un hipotético y sedicente *Estado Mundial*, los Estados Nacionales tienen las de perder y las propuestas en este sentido es difícil que logren imponerse en el juego democrático de cartas marcadas que impone el Sistema. Opino que nuestro vector debe ir encaminado hacia la fórmula de un *Estado Supranacional* que pueda hacer frente al Mundialismo. Este Estado Supranacional se llama, en el Viejo Continente, Europa.



La dialéctica y la lucha política debe ser, entonces, entre Europa, como concreción política y jurídica, y el Mundialismo. Se me argumentará que la actual Unión Europea está inficionada por el Pensamiento Único y las ideologías que subyacen en él; que ha renunciado a sus raíces históricas, culturales y religiosas que le otorgaban a priori su razón de ser, y que no ha sido capaz de configurarse en un *proyecto integrador atractivo* para todos los que la componen. Pero igual argumento podría servirnos para rechazar de plano nuestra adscripción a los actuales Estados Nacionales, igualmente penetrados por esas ideologías contrarias a su ser e incapaces de suscitar un patriotismo sano entre sus habitantes, fuera del que mantienen minorías ancladas en referentes del pasado.

La propuesta de un vector más amplio referido a un Estado Europeo debe estar, por consiguiente, sustentada en bases diferentes a las que han servido de vehículo a la Unión Europea actual, del mismo modo que sostenemos in pectore propuestas en España en el mismo

sentido. Ahora bien, *el punto de partida no debe suponer una regresión histórica* cual sería la ruptura del Estado español o francés, o la eliminación de la Unión Europea actuales: lo construido ya puede servir para proponer en ambos casos otras orientaciones de fondo.

Pero no nos limitemos al Viejo Continente. Se me antoja que Hispanoamérica vive una situación similar, sometida, por una parte, a la acción del Mundialismo y, por otra, sacudida por sus particulares *nacionalismos*, que suelen allí adoptar la fórmula *indigenista*. Más allá del Océano, la tendencia ideal sería la dialéctica Mundialismo-Americanismo hispánico o ibérico.

Dos realidades supranacionales, pues, que, si atinan a adoptar formas unitarias, pueden hacer frente con garantías al Mundialismo y sus ideologías. No se trata, en ambos casos, de reforzar unas antiguas fronteras, sino de abrirlas para hacer frente al peligro común. Europa e Hispanoamérica representarían, de este modo, caminos de Universalidad, antítesis de la corriente mundialista. El gozne entre ambas vuelve a ser España, europea *por voluntad* y transatlántica *por vocación*, occidental y mestiza.

Este es, según el humilde juicio del articulista, un *vector abierto*, frente a reaccionarismos y sumisiones mundialistas.

Ejército Rojo

José M^a García de Tuñón Aza

Suelo guardar apuntes de cosas que escucho y veo por algún canal de televisión. De vez en cuando les doy un repaso por si tiene algún interés para su publicación. Hace poco me encontré con unas notas que había tomado de algo que escuché en una tertulia política sobre nuestra Guerra Civil. En un momento determinado uno de los tertulianos se refirió al *Ejército Rojo*. Esta frase no gustó mucho a uno de sus compañeros. Era, si mis anotaciones no me traicionan, el historiador y catedrático de Ciencias Políticas Antonio Elorza, sin casi haberlo dejado terminar dejarlo, lo corrigió diciendo: *¡Ejército Republicano!* También es verdad que podía haber dicho *Ejército de Héroes*, como en una ocasión escribió Carrillo, o *Ejército Popular*, como dijo *Pasionaria*. En fin, podía haber mencionado y formulado lo que hubiera querido, cuando le tocara el turno, menos corregir a su compañero porque no estaba diciendo ninguna

barbaridad. La barbaridad la estaba cometiendo el catedrático por corregir lo que estaba bien dicho



El presidente del Consejo de Ministros, Dr. Negrín, saludando militarmente en el desfile. Identificamos a su izquierda al Teniente Coronel Enrique Lister, y a su derecha, al Coronel Modesto y al General Jefe del Estado Mayor Central, Vicente Rojo, detrás de Modesto creo reconocer al Coronel Antonio Cerdán.

Este señor Elorza sabe muy bien que las bibliotecas y hemerotecas están llenas de referencias al *Ejército Rojo*, lo que ocurrió es que en ese momento prefirió provocar, es decir, crear tensión, y meterse donde nadie lo llamaba, intentando matar la inteligencia de quien dice cosas distintas a las que uno desea que diga. El comunista Narcis Molins i Fabrega, refiriéndose a la Revolución de Asturias ya citaba varias veces al *Ejército Rojo*. El también comunista José Díaz dijo antes de que

comenzara la Guerra Civil: «Queremos una sola milicia. Ni camisas rojas ni camisas azules, una sola milicia que sea embrión del *Ejército Rojo* de España».

Olvidaba también el *corregidor* que a Ciudad Real los rojos le cambiaron el nombre por *Ciudad Roja*, que al Cerro de los Ángeles lo llamaron *Cerro Rojo*, y que a Porto Cristo (Mallorca), le pusieran el nombre de *Puerto Rojo*. El poeta Emilio Prados, que formó parte de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, escribió estos versos: *Vengo de Málaga roja / de Málaga roja vengo*. El

también poeta y ensayista Juan Gil-Albert Simón fundó en Valencia la revista de poesía *El Buque Rojo* que se unía a la larga lista de títulos como *Frente Rojo*, *Alba Roja*, *Carriles Rojos*, *Heraldo Rojo*, etc. Por cierto, Gil-Albert, después de sufrir exilio en Méjico y Argentina, volvió a España en 1947, es decir, fue uno de tantos intelectuales que retornaron a su Patria y que al parecer los de la *memoria histórica* aún no se han enterado. Y, para terminar, desde la simple anécdota, decir que el *Ejército Rojo* tuvo un general que se apellidaba *Rojo*, Vicente Rojo Lluch. O sea, la palabra *rojo* aparece por todos los lados dentro del lenguaje que la izquierda usaba en aquellos años. Ahora no sé por qué dicha denominación molestó entonces tanto al catedrático.

Sobre la legitimidad o ilegitimidad del 18 de julio

Jesús Laínz (*Libertad Digital*)

El 21 de diciembre de 1938, tocando ya la victoria con la punta de los dedos, el Gobierno de Franco encargó a una comisión de veintidós juristas la elaboración de un informe sobre la «ilegitimidad de los poderes actuantes el 18 de julio de 1936» con el objetivo de contrarrestar la propaganda del agonizante bando contrario, centrada en la reivindicación de su carácter de Gobierno legítimo y defensor de la democracia. La orden del ministro Serrano Suñer explicó con claridad su tesis acusatoria:

Que los órganos y las personas que el 18 de julio de 1936 detentaban el Poder adolecían de tales vicios de ilegitimidad en sus títulos y en el ejercicio del mismo, que, al alzarse contra ellos el Ejército y el pueblo, no realizaron ningún acto de rebelión contra la Autoridad ni contra la Ley.

Los tres argumentos principales de la comisión fueron la inconstitucionalidad del Parlamento surgido de unas elecciones, las de febrero de 1936, fraudulentas, la responsabilidad de los gobernantes en el asesinato de Calvo Sotelo y la conversión del Estado, desde dichas elecciones, en un «instrumento sectario puesto al servicio de la violencia y del crimen».



Asesinato de Calvo Sotelo

Empezando por el último, el régimen republicano fue, sin duda, el más caótico de la historia contemporánea de España: las garantías constitucionales estuvieron suspendidas el 50% del tiempo; hubo 2.629 muertos por violencia política en cinco años, una media de nueve por semana; muchos miles de heridos; cientos de huelgas, de saqueos, de atentados, de incendios de iglesias, conventos, bibliotecas, centros

derechistas e incluso lugares asociados con la vida burguesa, como teatros, casinos, restaurantes o cafeterías.

En los sangrientos meses posteriores a las elecciones de febrero, la violencia y el caos se dispararon: cientos de asesinatos, incendios, palizas, detenciones arbitrarias; destitución de jueces; asalto a las cárceles para liberar a condenados por la revolución de 1934 -y de paso a presos comunes-; robos de cosechas, invasiones de fincas, incautación de propiedades; cierre de colegios católicos, ataques a sedes de los partidos derechistas, etc.

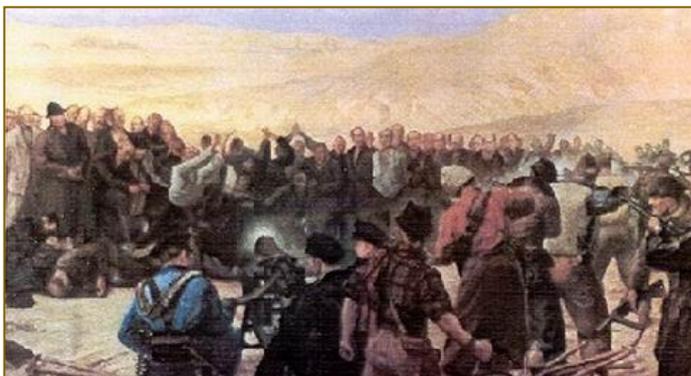
Como reconoció el egregio republicano Salvador de Madariaga, «el país había entrado en una fase claramente revolucionaria. Ni la vida ni la propiedad estaban a salvo en ninguna parte». En sus propias carnes lo sufrió nada menos que el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, a quien despertaron a las cuatro de la madrugada para informarle de que el terror reinaba en su finca de Jaén, «donde se persigue y prende a mi familia en masa», relatará. Y

cuando finalmente llegaron los guardias de asalto a poner orden, «se llevaron presas... ¡a treinta siete personas más respetadas de mi familia y amigos, con el párroco y los coadjutores a la cabeza, que no habían podido huir, y dejaron tranquilos y dueños del pueblo a los alborotadores!». El presidente recogió en su diario muchos otros «atentados y tumultos en que se eclipsa la autoridad», como el registro de domicilios de derechistas, la destitución y prisión de alcaldes legítimamente elegidos, la prohibición del culto católico, extorsiones, palizas, mutilaciones, etc. En el capítulo de las extorsiones, singularmente afectados fueron los automovilistas, obligados por la fuerza a pagar un impuesto revolucionario a cuadrillas que controlaban las carreteras. Una vez más, no se libró de ello ni el escandalizado Alcalá-Zamora, al que obligaron a aflojar la bolsa para poder continuar su viaje.

Ya va siendo hora de arrojar al vertedero de los mitos absurdos esa versión pueril y maniquea de republicanos demócratas y buenos contra nacionales fascistas y malos que tanto ha envenenado y sigue envenenando la vida política de España

Pero la comisión no centró su acusación en los desmanes populares, sino en las irregularidades cometidas por quienes tuvieron responsabilidades de gobierno. Por ejemplo, el propio Alcalá-Zamora tomó nota de «la sistemática ocultación por el Gobierno [de Azaña] a mí de cuanto

ocurre sobre alteración del orden público», de la aprobación de decretos manifiestamente anticonstitucionales, de excarcelaciones ilegales, etc. Junto a todo lo anterior estuvieron las exculpaciones de quienes habían participado en la revolución de 1934, culpables de delitos de sangre incluidos; su reincorporación al Ejército y la Policía; la simultánea inculpación de los encargados de defender el orden constitucional; la ilegalización de varios partidos derechistas y la detención de miles de sus militantes; la impunidad para los delitos cometidos por



Matanza en Paracuellos del Jarama

izquierdistas; los procesos políticos arbitrarios –José Antonio Primo de Rivera, por ejemplo, fue detenido «por fascista», delito no tipificado en el Código Penal–; las sustituciones de alcaldes electos por militantes frentepopulistas; el incumplimiento por parte del Gobierno de las sentencias judiciales, incluida, por ejemplo, la anulación por el Tribunal Supremo de la ilegalización de Falange; la incorporación de militantes socialistas y comunistas a las fuerzas de seguridad como «delegados de policía»; etc. Todo ello fue resumido por uno de los fundadores de la República, Miguel Maura, como «la verdadera plaga bolchevique que está asolando el país. Los ciudadanos pacíficos viven con la sensación de que las leyes son letra muerta».

Mención aparte merece, por las trascendentales consecuencias que tuvo el magnicidio, el comportamiento de algunos políticos izquierdistas antes, durante y después del asesinato de Calvo Sotelo. Porque, en primer lugar, estuvieron las muy conocidas amenazas de muerte a él y a Gil Robles en el Parlamento por parte de los comunistas José Díaz y Dolores Ibárruri, el socialista Ángel Galarza e incluso el presidente Casares Quiroga. En segundo, los no menos conocidos vínculos del PSOE, y en concreto del círculo de Indalecio Prieto, con los agentes policíacos autores del crimen. Y, finalmente, el bloqueo que éste impuso al Gobierno en su inicial intención de investigar los hechos, la impunidad en que quedaron los asesinos, la censura de prensa decretada inmediatamente, la nueva oleada de detenciones de derechistas e incluso el cese de Ursicino Gómez Carbajo, el juez de instrucción que pretendió esclarecer lo sucedido.

Por lo que se refiere al fraude electoral de febrero, punto primero de la comisión de juristas franquistas, éstos denunciaron la falsificación de actas, la proclamación de diputados que no habían sido elegidos, la anulación de elecciones en varias circunscripciones para repetirse en

condiciones de violencia, así como la declaración de incapacidad de diputados que no estaban legalmente incurso en ella.

Alcalá-Zamora ya apuntó el 8 de marzo:

Una de las cosas más extrañamente difíciles ha resultado conocer los datos numéricos de votación en las recientes elecciones (...) Ha costado días y esfuerzos saberlo porque las manipulaciones de prestidigitación a partir del lunes 17, preparatorias de tantas resurrecciones y muertes de candidatos, lo imposibilitan.

Una vez escapado de la escabechina, escribió en el *Journal de Génève* el 17 de enero de 1937 que el Frente Popular había logrado la mayoría absoluta

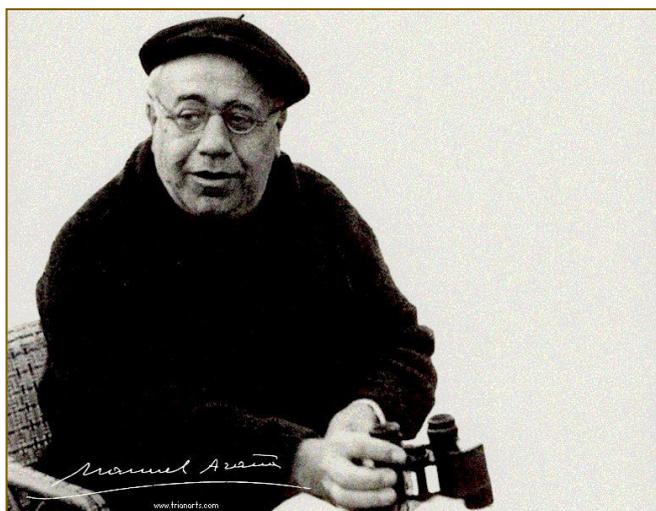
violando todos los escrúpulos de legalidad y de conciencia (...) sin esperar el fin del recuento del escrutinio y la proclamación de los resultados (...) desencadenó en la calle la ofensiva del desorden, reclamó el poder por medio de la violencia (...) A instigación de dirigentes irresponsables, la muchedumbre se apoderó de los documentos electorales; en muchas localidades los resultados pudieron ser falsificados (...) Reforzada con una extraña alianza con los reaccionarios vascos, el Frente Popular eligió la Comisión de validez de las actas parlamentarias, la que procedió de una manera arbitraria. Se anuló todas las actas de ciertas provincias donde la oposición resultó victoriosa; se proclamó diputados a candidatos amigos vencidos. Se expulsó de las Cortes a varios diputados de la minoría.

Algún tiempo después declararían el expresidente:

La fuga de los gobernadores y su reemplazo tumultuario por irresponsables y aun anónimos permitió que la documentación electoral quedase en poder de subalternos, carteros, peones camineros o sencillamente de audaces asaltantes, y con ello todo fue posible (...) ¿Cuántas actas falsificaron? El cálculo más generalizado de las alteraciones postelectorales las refiere a ochenta actas.

Por su parte, el flamante nuevo presidente del Gobierno, Manuel Azaña, escribió a su cuñado Rivas Cherif estas cínicas líneas:

En La Coruña íbamos a sacar cinco o seis. Pero antes del escrutinio surgió la crisis, y entonces los poseedores de 90.000 votos en blanco se asustaron ante las iras populares, y hemos ganado los trece puestos... ¡Veleidades del sufragio!... Han sacado al otro... para que no saliera Emiliano, a quien metimos preso la misma noche de formarse el gobierno, para salvarle la vida, decían los de allí (...) hemos sacado (...) otro en Guipúzcoa... y no tenemos dos porque los comunistas se llevaron las actas pistola en mano.



Manuel Azaña

Ochenta años después de aquel enorme fraude electoral los historiadores Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García han publicado su esencial aportación (*1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*) para zanjar, documentos originales en mano, cualquier posible discusión sobre la legitimidad de unas elecciones que habían sido ganadas por las derechas y cuyo falseamiento desató la crisis final de un régimen republicano convertido en revolución bolchevique.

El suicidio de la República fue confesado con amargura por muchos eminentes republicanos, como los padres fundadores Ortega, Pérez de Ayala y Marañón, huidos del régimen que tanto contribuyeron a construir y cuyos hijos acabaron alistándose voluntarios en el ejército de Franco. Ayala escribiría sobre los dirigentes republicanos, especialmente sobre Azaña:

Cuanto se diga de los desalmados mentecatos que engendraron y luego nutrieron a los pechos nuestra gran tragedia, todo me parecerá poco. Lo que nunca pude concebir es que hubiesen sido capaces de tanto crimen, cobardía y bajeza.

Marañón fue todavía más contundente:

¡Qué gentes! Todo es en ellos latrocinio, locura, estupidez (...) Tendremos que estar varios años maldiciendo la estupidez y la canallería de estos cretinos criminales, y aún no habremos acabado. ¿Cómo poner peros, aunque los haya, a los del otro lado? (...) Y aun es mayor mi dolor por haber sido amigo de tales escarabajos (...) No tenemos derecho a quejarnos de la dictadura, pues la hemos hecho necesaria por nuestra ayuda estúpida a la barbarie roja.

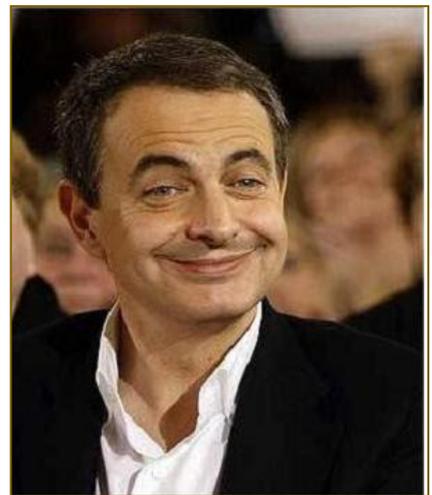
Hasta Indalecio Prieto, en un rapto de honradez, acabaría admitiendo:

Una sola cosa está clara: que vamos a merecer, por estúpidos, la catástrofe.

Y su gran rival en el seno del PSOE, Julián Besteiro, llegó a descalificar de tal modo a los republicanos que atribuyó al bando alzado la defensa de la civilización:

La verdad real: estamos derrotados por nuestras propias culpas. Estamos derrotados nacionalmente por habernos dejado arrastrar a la línea bolchevique, que es la aberración política más grande que han conocido quizás los siglos. La política internacional rusa, en manos de Stalin y tal vez como reacción contra un estado de fracaso interior, se ha convertido en un crimen monstruoso que supera en mucho las más macabras concepciones de Dostoievski y de Tolstoi. La reacción contra ese error de la República de dejarse arrastrar a la línea bolchevique la representan genuinamente, sean los que quieran sus defectos, los nacionalistas que se han batido en la gran cruzada anticomintern.

Los republicanos, aun partiendo con una enorme ventaja en medios humanos, materiales y financieros, perdieron la batalla militar por su incompetencia y su desgaste en luchas intestinas –recuérdese el POUM–, ya comenzadas antes del estallido de la guerra: Prieto y los suyos perseguidos a tiros por los seguidores de Largo Caballero el 31 de mayo del 36 en Écija. Perdieron la batalla del apoyo internacional porque sus desmanes consiguieron que las potencias democráticas no se implicaran en la defensa de un régimen equiparable a la Rusia de 1917. Y perdieron la batalla del apoyo del pueblo español porque la gran mayoría, incluidos muchos que habían recibido la República con esperanza, rechazó su caos y ansió la victoria del bando que, a sus ojos, representaba la recuperación del orden.



Pero, como ha señalado Stanley G. Payne con magistral brevedad, la fenecida «República democrática», a partir de las fraudulentas elecciones de febrero del 36, «era poco más que un recuerdo, aunque tendría una vida muy larga como mero eslogan de propaganda». Tan larga que ha llegado hasta nuestros días y ha conseguido mantener, en España y en todo el mundo, el mito de una República democrática destruida injustamente por un golpe fascista organizado por curas, marqueses y militares. Mito que ha sido rejuvenecido en los últimos años por voluntad de varios gobiernos españoles: el de Zapatero mediante la llamada Ley de Memoria Histórica de 26 de diciembre de 2007 con la colaboración del Partido Popular; y el de Aznar mediante la condena del alzamiento del 18 de julio en la sesión parlamentaria del 20 de noviembre de 2002.

Sin embargo, la constatación de los hechos históricos no permite otra salida que confirmar la exactitud de los argumentos elaborados en 1939 por la comisión de juristas franquistas. Después cada uno sacará sus conclusiones sobre si, a pesar de todo, estuvo justificado o no el recurso a la fuerza; sobre si la guerra fue inevitable o no; sobre qué bando mereció ganarla; y sobre las virtudes o defectos del régimen salido de ella.

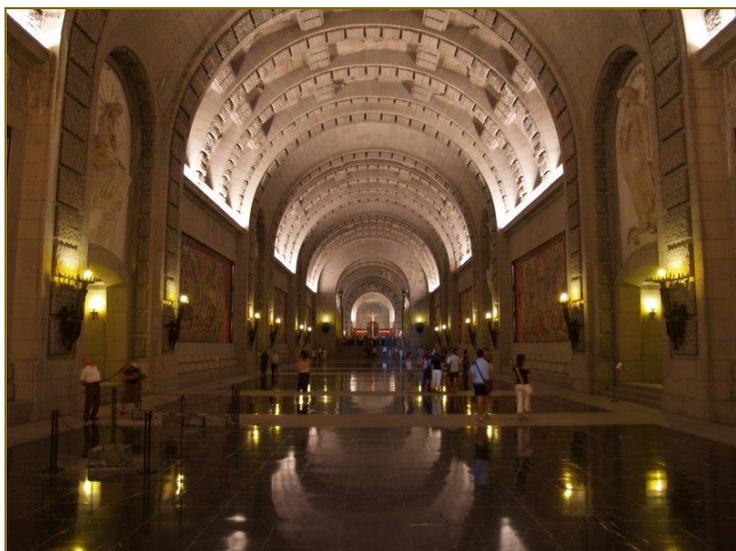
Pero ya va siendo hora de arrojar al vertedero de los mitos absurdos esa versión pueril y maniquea de republicanos demócratas y buenos contra nacionales fascistas y malos que tanto ha envenenado y sigue envenenando la vida política de España.

A moro muerto, gran lanzada

Sertorio *(El Manifiesto)*

No es bueno desenterrar cadáveres; las antiguas culturas trataban siempre de fijar a los ancestros en el más allá, de impedir que retornaran desde el Hades a nuestro mundo, en el que podrían causar terribles trastornos como vampiros, aparecidos o demonios. Violar las tumbas siempre ocasiona una maldición, es un tabú que sólo los muy imprudentes, sacrílegos o bobos cometen. En fin, que el dejar que los muertos entierren a los muertos del Evangelio no se decía por decir ni eran vanos lugares comunes los versos de Antígona.

El Congreso, con el voto unánime de las izquierdas y los separatistas, más la adhesión bobalicona de los pijos de Ciudadanos, aparte del remoloneo cobardica del PP, ha decidido hacer de Howard Carter y legalizar la profanación de tumbas. El gran Tutankamón del Valle de los Reyes ibérico, el Ramsés de Cuelgamuros, va a ser desalojado de su Abú Simbel para ser deportado a El Ferrol o al museo de Cera, cualquiera sabe. Si de Podemos o sus adláteres socialistas se tratase, me imagino que preferirían colgar sus mondongos resecos de una gasolinera. Así, ochenta años después del Día de la Victoria, la milicianada zarrapastrosa, que no hizo más que correr delante de los nacionales en tres implacables años de derrotas, cree



Basílica del Valle de los Caídos

revertir el ridículo del Alcázar, el fiasco de Oviedo, la bajada de pantalones de Santoña, la vergüenza de la entrada triunfal de los nacionales en Barcelona, la bufonada estalinista del maquis y demás amargos reveses que el Innombrable les infligió sin tregua, con la vara inflexible del severo paterfamilias que castiga al siervo inepto.

Estos aquelarres necrófilos son los que despiertan los arquetipos, no saben bien nuestros aprendices de brujo la potencia que se convoca con semejantes alardes de vindicta póstuma: ¿Resucitará el Caudillo de entre los muertos? ¿Volverán banderas victoriosas? ¿Resonará en el hipogeo de Cuelgamuros el Hemos pasao? Todo

puede ocurrir en el mundo de la parapsicología, de los fenómenos para anormales y de la constante ouija que practican los escarbacunetas de la Memoria Histórica.

Ganar las guerras en diferido es menos vistoso que vencer en el campo de batalla. No es lo mismo subirse a una escalera oxidada y quitar las placas del Instituto de la Vivienda que entrar en el Madrid rojo marcando el paso y con banderas flameantes. Ni queda igual de bien liberar el Alcázar después de tres gloriosos meses de resistencia que derribar el humilde monolito de los Alféreces Provisionales a mano airada y chapucera. Porque toda la rencorosa iconoclastia de la Memoria Histórica tiene un aire de venganza de cornudo, de furor de impotente, de acto fallido, de vudú del esclavo contra el amo, de envidia del feo frente al guapo, del tonto frente al listo, de ira de Calibán frente a Próspero. No hay mejor ejemplo de esto que el más reciente: con una

hombría digna de su causa, los demócratas del Congreso alancean al moro muerto tras cuatro décadas de prudente espera.

Los símbolos importan. Mover la huesa del Caudillo es una primera estación. Luego será cambiar la bandera y el himno, que para eso son los del 18 de julio. Más tarde, acabar con ese residuo del Innombrable que es Felipe VI, ahijado de Franco, porque, sin duda, algo de la baraka de su padrino se le habrá pegado por magia simpática o por imposición de manos. Evidentemente, nosotros no moveremos un dedo por el último Borbón, favor con favor se paga. Entonces tendremos la III República, que será una mala imitación de la II, sólo que esta vez serán los curas los que quemen sus iglesias por eso del aggiornamento, y vendrá un nuevo Alzamiento Nacional porque esta rehala de perroflautas siempre vuelve a su propio vómito y harán inevitable el Ragnarökk: una nueva carga de los nacionales con música de la Walkirias y una nueva espantá de la chusma frentepopulista.

La magia negra tiene la propiedad de volverse siempre contra los que la practican.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.